

Lo analizable: una dimensión ética de la dirección de la cura

FERNANDO CANALE

It may not always be helpful to delve into subconscious. Our legs are controlled by a hundred different muscles. Do you think it would help us to walk if we analyzed our legs and knew the exact purpose of each muscle and the order in which they work?

Albert Einstein

A veces un cigarro es sólo un cigarro.

Sigmund Freud

Hace tiempo, una colega trajo como motivo de supervisión un caso en donde una mujer había sufrido de la muerte de su pequeña hija. No voy a centrarme en los efectos que una pérdida semejante puede producir en una madre; ni describir con minuciosidad el relato de la analista, tan sólo me interesa destacar una intervención que interpeló a esta practicante. En el final de una sesión, queriendo decir el nombre de su hija, la paciente sufre de un lapsus enunciando un nombre distinto. Sin embargo, lo fundamental no consistió en este fallido –completamente habitual ante aquel que atraviesa la desgarradora experiencia del duelo–, sino en la intervención posterior a este equívoco. En lugar de dejarlo pasar, nuestra colega sanciona este fallido, señalando que, curiosamente, ese era el nombre de una de sus hijas. Ante mi pregunta sobre cuál había sido el motivo que la llevo a puntuar este equívoco, respondió: “porque tuvo una formación del inconsciente y, en teoría, los lapsus se analizan”. Esta intervención, que de alguna manera ya había producido cierta vacilación en dicha practicante, me permitió empezar a preguntarme acerca de qué es lo que convierte a un elemento en susceptible de ser analizado. O, dicho de otra manera: ¿Es suficiente que emerja lo que desde la teoría llamamos “lapsus” para que elemento se transforme en analizable?, ¿Toda formación del inconsciente debe ser analizada sin importar el momento del análisis? Y de manera más radical: ¿A qué llamamos “formaciones del inconsciente”? Preguntas, que si bien reaparecieron en la supervisión mencionada, eran cuestionamientos de

desaciertos que concernían a mi propia práctica y que movilizan la escritura de este artículo, en el cual intentaré reflejar cómo lo analizable es inseparable de la posición ética del analista.

Lo analizable y la cosmovisión

Si bien en la *Conferencia 35* Freud intenta separar al psicoanálisis de una cosmovisión, la transmisión de diversos analistas demuestra que no se han extraído las consecuencias necesarias de ubicar al psicoanálisis en las antípodas de esta perspectiva.¹ Así, Freud no sólo emprende una crítica de ciertos aspectos del marxismo-y de teorías que no hacen más que verificar permanentemente sus hipótesis- sino que además, estos señalamientos, tienen consecuencias decisivas sobre nuestra praxis. En tal sentido, separar al psicoanálisis de una cosmovisión implica que no toda palabra, acto, conducta, sueño, etc, es susceptible de ser analizable. Por el contrario, suponer que todo elemento es analizable degrada el psicoanálisis a mero psicoanalismo, en los cuales los conceptos son transformados en una pobre ideología que lo explica todo, pero que no logra más efectos que el de alimentar al síntoma con sentido, dejando intacta la vida del paciente. Cuestión que resulta crucial, ya que es lo que separa al análisis, no sólo de la sugestión, sino de lo meramente terapéutico.

Por ello Freud es contundente al afirmar: “La cura analítica impone a médico y enfermo un difícil trabajo que es preciso realizar para cancelar unas resistencias internas. Mediante la superación de estas, la vida anímica del enfermo se modifica duraderamente [...] y permanece protegida frente a nuevas posibilidades de enfermar”. (Freud, 1917: 410-11).

Es decir, si el análisis no tiene efectos en el modo de ser del sujeto, en la posibilidad de producir modificaciones de su posición ante la vida y ante los otros, entonces, no es más que una experiencia estéril condenada a sustituir un sentido por otro.

Así, que se pueda asociar ante cualquier tipo de padecimiento no quiere decir que todo sufrimiento sea cifra de lo inconsciente. En este sentido, recuerdo el relato de un

¹ Freud entiende a la cosmovisión como: “una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla su lugar preciso” (Freud, 1933: 146)

amigo –distante a toda formación psi– que sorprendido narraba como luego de un día de trabajo agotador, llega a sesión y dice: “Estoy estresado” obteniendo como respuesta: “Es tres”.

En este sentido, si bien es indudable la cercanía entre la interpretación y la agudeza –dado que las homofonías, retruécanos, dobles sentidos, alusiones, etc., no sólo son las formas del *Witz*, sino los modos fundamentales de la interpretación analítica–, esto no implica que todo sufrimiento deba ser descifrado, y menos aún, que toda intervención deba ser construida a partir de las formas antes mencionadas. Por esta razón, es que Freud –al ser conciente de que las fuentes del malestar humano superan ampliamente al sufrimiento neurótico– se encargó de advertir que el análisis transforma “la miseria neurótica en infortunio común”. Infortunio que, por ser común, no deja de producir esa cuota de malestar propia de la condición humana, con la que todo ser hablante deberá lidiar.

De esta manera, si caemos en la trampa del psicoanálisis –suponiendo que todo sufrimiento es significativo–, no sólo destituimos la potencia de la interpretación al transformarla en mero juego de palabras, sino que además convertimos al análisis en un tratamiento que reduce al sufrimiento al más craso de los individualismos en donde el analizante tendrá la culpa o la responsabilidad sobre todo malestar,² y en donde hasta las fantasías serán pensadas como construcciones solipsistas, y no como respuestas paradójales ante los efectos traumatizantes que suponen el des-encuentro con el Otro.

Lo analizable y el método

Por otro lado, existe cierta tendencia en confundir el análisis con la aplicación de la regla fundamental, como si el sólo hecho de obedecer a esta última nos garantizaría situarnos en el terreno del análisis. Sobre este punto, no puedo dejar de evocar una disparatada conversación entre dos colegas sobre la aparición de una mancha de humedad en uno de sus consultorios. Luego de quejarse por el estado de las paredes,

² Punto donde el psicoanálisis confluye con el individuo líquido, sobre el cual, lúcidamente, Bauman enuncia de manera crítica: “la responsabilidad de la condena tampoco corresponde a la sociedad: tanto la redención como la condenación son responsabilidad de cada uno, resultado de lo que cada uno, como agente libre, hace de su propia vida” (Bauman, 1999: 70)

uno de estos interlocutores, comenzó a presumir de su habilidad para lograr que sus pacientes asociaran con todo lo que sucedía a su alrededor, como, por ejemplo, las canciones de radio, las cuales son utilizadas para preservar la intimidad del análisis. Jactancia que recibió como respuesta de su colega: “Y con la mancha de humedad, ¿no los ponés a asociar?”.

Esta agudeza nos muestra de modo simple que confundir el análisis con la mera aplicación de la regla fundamental nos conduce a posiciones que van a detrimento de nuestra práctica. Fundamentalmente, creo que este desacierto se debe a considerar que la aplicación de la regla fundamental se encuentra por fuera de la transferencia. Cuando en realidad, nada escapa a la posibilidad de producir transferencia. No hay gesto, interpretación, pedido de asociaciones, etc. que no sea susceptible de posicionar al analista en algún lugar transferencial para el analizante. En este sentido, cuando ante un lapsus o un sueño se demandan asociaciones insistentemente, lo único que se consigue es una obsesivización de la experiencia. Ante lo cual el paciente –si sale del silencio y logra asociar– lo hace para responder a la demanda del Otro, constituyendo un modo transferencial que poco o nada tiene que ver con el análisis, y en el cual el acento recae sobre el reconocimiento del Otro en lugar del desciframiento del deseo.

En este sentido, la demanda de asociaciones permanente³ puede desencadenar modos de transferencia que reducen al analista a posiciones completamente resistenciales. Como nos lo enseña el testimonio de una paciente que hablando sobre su análisis anterior decía: “X me pedía asociaciones todo el tiempo: ‘¿Qué se te ocurre con esto? Algo se te tiene que ocurrir’. Sentí que me forzaba a hablar. Hasta que un momento me empezó a dar asco hablar con él y dejé el análisis”.

Es decir, si bien, por un lado, el asco aparece como una respuesta de lo inconsciente por la vía transferencial, no por ello logra impedir el final abrupto del análisis. En este sentido, cuando Lacan afirma que, si bien no es falso que haya repetición en la transferencia, al mismo tiempo no vacila en afirmar que: “el concepto de repetición nada tiene que ver con el de transferencia” (Lacan, 1964: 41). Así, nos indica que la transferencia no es mero efecto de una realidad psíquica que se actualiza, sino que su

³ Uno de los grandes méritos de Luciano Lutereau ha sido criticar este tipo de institución de la regla fundamental, teorizando que la asociación libre es uno de los modos privilegiados de la interpretación. Es decir, no un intento de responder a la demanda de asociaciones, sino una respuesta que surge sin ser buscada.

puesta en acto implica, necesariamente, a la posición del analista. Lectura de la transferencia que le devuelve al analista la responsabilidad sobre su acción y sobre sus maniobras, y nos permite pensar aspectos cruciales de lo analizable.

Por lo tanto, el modo en que el analista instituya la regla fundamental no deja de ser una variable crucial para el análisis. Ya que ésta no implica un por fuera de la transferencia, sino que, en muchos casos, desencadenará lazos transferenciales que sirven como obstáculo al despliegue de la cura.

Por otro lado, es necesario preguntarnos: ¿en qué consisten las formaciones del inconsciente? ¿Es suficiente con que haya un sueño, un chiste –o un lapsus– para que podamos conceptualizarlas cómo tal? Lúcidamente, Colette Soler enuncia: “Para quien sueña, para quién produce un acto fallido, sin el psicoanálisis es no es una formación del inconsciente [...]. El inconsciente es relativo al discurso que lo establece” (Soler, 2018: 94).

En este sentido, no basta que alguien se equivoque de palabra para que esto sea considerado una formación del inconsciente. No se trata de un índice (como los síntomas orgánicos) que un Otro lee y conceptualiza, sino que sólo hay formaciones del inconsciente cuando éstas devienen significantes que producen el efecto §. Es decir: cuando se pone en acto el discurso del analista. Dicho de otra manera, para que una palabra, sueño, o fallido, etc., se trasmute en signifiante, es necesario que surja la división subjetiva, pero al mismo tiempo, no hay división subjetiva –propriadamente analítica– sino por el encadenamiento signifiante que produce una desidentificación entre el pensar y el decir. Es este desfase el que la regla fundamental busca producir, en donde el decir en análisis produce un excedente al lugar donde –parafraseando a Lacan– me pienso pensar sin ser más que juguete de mi pensamiento.

Como lo demuestran las entrevistas preliminares de un paciente que tiene una serie de sueños en los que surge, de manera alusiva, el término “asesino”. En principio, estos sueños no le dicen nada, pero si funcionan como vector de recuerdos y escenas en donde la muerte surge como principal temática. Así, en determinado momento, casi sin darle importancia, enuncia: “Cuando me fui de mi casa mi papá se murió”. Sentencia que intenta rectificar de modo denegatorio: “No es literal”. Ante la cual el analista interviene agregando una coma y dando por terminada la sesión: “No, es literal”.

Una semana después se revelan los efectos de esta interpretación. Llega y dice: “me quedé pensando en el final de la última sesión. Quiero saber cuál es tu interpretación”. El analista finge olvidar lo sucedido y contesta: “¿Qué pasó en la última sesión?”. “Yo dije: cuando fui de mi casa mi papá se murió. Vos lo marcaste y me quedo picando eso”, “¿Y cómo te quedo picando?”, replica el analista, permitiendo desplegar distintas fantasías en donde se devela cómo el sentimiento de culpabilidad ocupaba un lugar crucial en sus posicionamientos. Es éste el modo en que leemos clínicamente la afirmación de Lacan: “El significante representa al sujeto para otro significante” que más que un argumento circular, supone la interdependencia de un concepto y otro. Es decir, no hay \S sin significante, pero, al mismo tiempo, no hay significante sino surge alguna modalidad de la división subjetiva.

O, en otros términos: no hay significante en el mero asociar, en el mero palabrerío; sólo hay significante donde afectos como la vergüenza, la culpa o la angustia se hacen presentes en un decir inesperado.

Condiciones de lo analizable: el síntoma analítico

Pero entonces, ¿cómo se constituye lo analizable? Consideramos que el movimiento fundamental del análisis consiste en el pasaje del padecimiento al síntoma analítico. Sobre este punto, Freud señala en “Recordar, repetir y reelaborar”: “La introducción del tratamiento conlleva, particularmente, que el enfermo cambie su actitud conciente frente a la enfermedad. Por lo común se ha conformado con lamentarse de ella, despreciarla como algo sin sentido, menospreciarla en su valor, pero en lo demás ha prolongado frente a sus exteriorizaciones la conducta represora, la política del avestruz” (Freud, 1914: 154) Agregando luego: “Es preciso que el paciente cobre el coraje de ocupar su atención en los fenómenos de su enfermedad. Ya no tiene permitido considerarlo algo despreciable; más bien será un digno oponente, un fragmento de su ser que se nutre de buenos motivos y del que deberá espigar algo valioso para su vida posterior” (Freud, 1914:154).

Citas ante lo cual es necesario preguntarnos: ¿a quién se le ocurriría valorizar la enfermedad, intentar descifrarla y extraer algo valioso para su vida, sino fuera porque

allí interviene un analista? ¿No es uno de los indicadores fundamentales del discurso del analista cuando el paciente pasa de despreciar su padecimiento (“esto es una locura mía”, “no tiene sentido”, etc.) a comenzar a detenerse, a hablar de este modo particular que denominamos asociación libre? Así, la apertura de la partida analítica –el peón 4 rey del psicoanálisis– consiste en que el padecimiento –el cual siempre conlleva una demanda de cura– se transmute en lo que denominamos síntoma analítico, o, dicho de otra manera: que el sufrimiento sea trasmutado en significativo para posibilitar el trabajo de desciframiento.

Por otro lado, una de las dificultades para producir este primer movimiento radica en que, en muchas oportunidades, los síntomas aparecen como egosintónicos. Es decir, como cualidades inmovibles de la personalidad y, hasta en algunos casos, como características que tienen un alto valor narcisístico. Así, frases como: “Yo soy así”, “Ya me acostumbré”, etc., muestran ese modo particular de resistencia al análisis; mediante el cual el yo y el síntoma se confunden en una singular alianza. Como lo decía un paciente llevando a cabo la “lucha del yo contra el síntoma” (Freud, 1923: 156): “¿Acaso no es normal? ¿No le pasa a todo el mundo?”, demostrando cómo, en análisis, lo normal aparece como uno de los modos privilegiados de justificar el padecimiento sin eliminarlo. Resumiría entonces este uso de lo normal en un viejo y extraordinario refrán: “mal de muchos, consuelo de tontos”. Porque la normalidad es tontería y consuelo triste que rechaza la sabiduría del síntoma.

Por tanto, un análisis debe restituir el carácter de ajenidad-íntima que todo síntoma sostiene, parafraseando a Freud podemos decir que este movimiento eleva al síntoma al lugar de “una tierra extranjera interior” (Freud, 1933: 53), ya que, por un lado, el síntoma no pertenece a un modo natural de ser, pero, por el otro, su cualidad atonal y distónica, produce efectos de interpelación sobre aquel que sufre, generando una división más ética que intelectual,⁴ división necesaria para el despliegue del análisis.

⁴ Por el contrario, la vía intelectual es completamente resistencial e infértil para el análisis. No es al yo a quién se le deben pedir las respuestas que sólo el inconsciente puede dar.

Palabras finales

Hemos trabajado distintos acercamientos a lo analizable. Sin embargo, nos queda como pregunta: ¿es definible lo analizable? ¿Puede constituirse en concepto claro y preciso? ¿No sería contrario a la “atención flotante” propuesta como disposición de escucha para el analista? En primer lugar, lo analizable es más una cuestión, un problema que todo analista debe plantearse y enfrentar, que un decálogo técnico; más una dimensión ética que se juega en el modo de intervenir, que un concepto que pueda definirse. Por otra parte, lo analizable no excluye la atención flotante, sino que más bien, esta última es su condición de posibilidad. Es decir, Freud postula la “atención parejamente flotante” como un modo de escucha que se diferencia de la atribución de sentido que sostenemos en un diálogo común. De esta manera, la atención flotante supone suspender el significado convencional que se le atribuye a las palabras, pero también, abstenerse de privilegiar la intencionalidad con la que el hablante organiza su discurso. Por tanto, esta disposición de escucha –o mejor aún, de lectura– no sólo implica que cualquier elemento sea susceptible de transformarse en significativo, sino también en la “capacidad de captar sin suponer, de escuchar sin proyectar, de entender lo inesperado” (Jullien, 2012: 42) como lo ilustra el siguiente fragmento clínico.

Hace un tiempo, una paciente presentaba como motivo de consulta el poco interés erótico que su pareja le despertaba. Dado el carácter de la queja –y de ciertos prejuicios teóricos oriente, por un tiempo, el análisis hacia la sintomatización de esta ausencia de deseo–. Sin embargo, más allá de la incesante proliferación de asociaciones nada de este pseudosíntoma se modificaba, intensificando las quejas de la paciente porque la demanda de su novio no hacía más que incrementarse. Así, queja tras queja, llega a una sesión en que intervino con una pregunta que fue sorprendente para mí mismo, no sólo por su sencillez y obviedad, sino fundamentalmente, porque surgió de manera espontánea y sin mayores deliberaciones: “¿Y por qué tendrías que desearlo cuando él te desea?” A lo que respondió: “Porque de lo contrario, tendría que decirle que no”. Fue este momento –en donde la “atención flotante” se puso en acto– el que produjo un viraje decisivo en el análisis, y que me enseñó que lo que analizable, en este caso, no era la supuesta inhibición de la sexualidad, sino la tremenda dificultad para decir “no”.

Intervención que produjo una modificación de mi posición transferencial resignificación las escenas y fantasías que antes había asociado sin mayores efectos.

Es en este sentido que lo analizable tiene a la “atención flotante” como su condición de posibilidad, no tanto porque el analista logre transformarse en una tabula rasa que lo desimplica de sus intervenciones, sino más bien, porque permite abrir hacia un más allá de la intencionalidad del discurso del paciente. Permitiendo, además, que el analista no quede capturado en sus prejuicios yoicos –pero también teóricos– que atraviesan nuestra escucha.

Por tanto, es gracias a la atención flotante que lo analizable surge descubriéndose de la madeja del discurso. Sin embargo, el pasaje de la lectura al acto interpretativo no deja de implicar a la ética del analista, en donde el riesgo de la apuesta interpretativa es ineludible para todo practicante. Es este el sentido de que el analista “paga con palabras [que] pueden ser transmutadas a su efecto de interpretación” (Lacan, 1956: 567).

Por último, aunque resulte evidente que la vida no se resuelve como una ecuación, también habría que agregar no hay análisis que resuelva la condición humana. No es en lo calculable en donde se encuentra la respuesta a las peripecias que el vivir nos enfrenta día tras día. No hay manuales, códigos, psicofármacos, etc., que nos hagan inmunes al extravío fundante del existir humano. Sin embargo, el análisis –al trabajar con y desde el conflicto– permite desplegar decisiones y posibilidades que parecían clausuradas, para que encuentren un destino diverso al mero padecimiento. Posiciones que el analizante deberá conquistar para que la vida empiece donde termina el diván.

Bibliografía

- Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1933). “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. Vol. XXII (pp. 3-146). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). “Recordar, repetir y reelaborar”. Vol. XII (pp. 150-58). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.

- Freud, S. (1916-17). “Conferencia 28: La terapia analítica”. Vol XVI (pp. 408-423). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1924). “Neurosis y psicosis”. Vol. XIX (pp. 152-59). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1932-33). “Conferencia 31: La descomposición de la personalidad psíquica”. Vol. XXII (pp. 53-75). En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Lacan, J. (1957). “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”. En *Escritos I* (pp. 473-509). México: Siglo XXI, 2002.
- Lacan, J. (1964). *El Seminario: Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- Soler, C. (2018). *Otro narcisismo*. Buenos Aires: Escabel.